

La Sociedad y el Estado

Quisiera empezar traduciendo mi sentimiento de gratitud por la posibilidad que, una vez más, nos ha dado el grupo de amigos de España alrededor de «*Pensamiento Iberoamericano*». Desde hace algunos años nos hemos acostumbrado a redescubrir, si así puede decirse, la existencia de una Comunidad Iberoamericana a partir del esfuerzo que se desarrolla en Madrid, tanto por la revista como por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Incluso nosotros, los brasileños, hemos redescubierto Portugal por medio de esta revista, aunque pueda resultar paradójico. Porque, pese a todas las tradiciones y orígenes comunes, las distancias culturales son desproporcionadamente grandes. Y fue aquí —hablando castellano— que hemos reencontrado nuestra identidad, no sólo luso-brasileña, sino iberoamericana.

Agradezco por tanto estas oportunidades y les pido disculpas: primero por mi voz. Tengo todavía un problema como consecuencia, pasajera supongo, de la operación a que me he sometido hace tres semanas, y no estoy propiamente en las mejores condiciones para hacer una exposición oral. Después me disculpo también porque no les he entregado ningún documento escrito. Alguna vez leí, no sé si es cierto, que Freud no escribía sus lecciones. Eso me sirvió de pretexto y me dejó muy contento, porque a mí tampoco me gusta escribir nada antes de hablar. Pero hoy me dio tristeza porque, finalmente, Freud era un genio; después, hablaba en alemán, su mismo idioma. Y yo ni de lejos me puedo comparar con él, y estoy obligado a menudo a hablar en otros idiomas, que no son el mío y, por consecuencia, puede resultar de todo ello un cierto desorden. Sin embargo, ya que las circunstancias me favorecen por el hecho de que no tuve la más mínima posibilidad de escribir mi ponencia, les pido perdón y voy a hablar así un poco con el corazón abierto, sin grandes categorías intelectuales, que a la vez tornan más lúcida la exposición, pero quizá menos capaz de llegar a los puntos claves, que muchas veces no se pueden anticipar con estructuras demasiado ordenadas del pensamiento escrito.

Crisis del Estado Crisis de la Sociedad

Para comenzar diré que, analizando los acontecimientos políticos en América Latina en los últimos años, tengo cierta perplejidad para visualizar en perspectiva el tema de la crisis del Estado, de su reconstrucción y de la redemocratización.

He leído, aunque de prisa, la ponencia de Jorge Graciana para este seminario. En ella, Jorge hace, con su habitual capacidad analítica, una distinción clara: se produce «crisis del estado» cuando existe un fenómeno profundo de transformación que alcanza a la sociedad y no un mero reajuste momentáneo del estado. Tales crisis se dieron en algunos países de América Latina, en Portugal y en España.

No siempre esta crisis provocó el desmoronamiento de las estructuras del Estado: tal proceso no ocurrió, por ejemplo, en España o en Brasil, a pesar de la crisis de los regímenes autoritarios. Pero hay situaciones en las que ocurrió ese desmoronamiento. Y en estas, el fenómeno no se restringe al Estado, es la propia sociedad quien entra en crisis. En América Latina un proceso de esta envergadura se produjo en Nicaragua, y está ocurriendo en El Salvador. Se trata de situaciones en las cuales el proceso de lucha de clases y de lucha de liberación de la opresión extranjera, provoca una profunda transformación de la sociedad, de alcance revolucionario y cuya consecuencia es el desmoronamiento del estado anterior.

En estos casos se puede decir con propiedad que, posteriormente, se produce una reconstrucción del Estado y también de la sociedad. Entretanto, con excepción de situaciones de este tipo, lo que está sucediendo en América Latina es más una transformación del régimen político que del Estado. La distinción es simple, tal vez formal, pero es necesaria. En otras palabras: no se trata propiamente de una modificación en el pacto de dominación, sino de una reorganización política de un modo por el cual esta dominación se mantendrá. Sin embargo, conviene enfatizar, en ciertos casos esta reorganización es profunda y permite situar las luchas sociales y las chances políticas de los dominados en mejores condiciones.

En Argentina, la transformación política se aproximó a lo que estoy llamando «crisis de la sociedad» y también en Portugal. En ambos casos se produjo el desmoronamiento de las Fuerzas Armadas. Estas se quebraron en la guerra colonial de Angola en el caso portugués, y en la guerra de las

malvinas, en el caso argentino. Obviamente, cuando se quiebran las Fuerzas Armadas, los pilares de sustentación del Estado, desaparecen, y con este desmoronamiento la sociedad sufre un terremoto.

Pese a todo, ni en Argentina ni en Portugal se deshicieron las fuerzas fundamentales de dominación social, la estructura de clases. No obstante, hubo una transformación profunda del régimen político como consecuencia de la crisis militar-estatal y simultáneamente se creó un espacio mucho más amplio para la presencia de las clases en la vida política. Incluso sin que hubiese una Revolución Social, los distintos sectores de la sociedad pudieron hablar de sus intereses con mayor nitidez.

Llama la atención en estos casos, que a pesar de la crisis existente, el Estado se mantiene. Me refiero ahora al Estado, no sólo en su aspecto de pacto de dominación, sino también como organización, como máquina burocrática. O sea, como una agencia capaz de producir una serie de políticas que, de una manera o de otra atienden a las demandas sociales existentes.

Sobre esto me llama la atención el hecho de que en este proceso de transformación de la sociedad y del Estado renacen con fuerza fórmulas y formas que parecían viejas. Véase, por ejemplo, en el caso argentino, cómo se dio la reconstrucción de los partidos. No me refiero tanto al peronismo como al radicalismo. No se hasta qué punto el radicalismo de hoy es una continuación del radicalismo de ayer. Pero me importa más otro aspecto: la forma-partido que parecía casi muerta después de tantos años de dictadura, de persecución y de tortura volvió a existir.

Tal vez no se haya vuelto a los partidos en la acepción europea. Tal vez sin que los actores tengan conciencia de ello, los partidos renacen un poco a la norteamericana, un poco a lo caudillo, un poco a lo ideológico, con una mezcla de formas de partido nacidas simultáneamente en Europa, en Estados Unidos y en América Latina.

En Chile el renacimiento de los partidos se produce con mucha fuerza, a pesar de la inequívoca forma militar de la dictadura de Pinochet. La vida de la sociedad, las entidades de la sociedad civil, existen y a través de una especie de porosidad histórica penetran en la estructura política y mantienen las simientes de las organizaciones partidarias.

Incluso en Brasil, donde la forma-partido siempre fue más débil, me parece sorprendente que a pesar de los muchos años de autoritarismo militar y, paradójicamente, en razón de los esfuerzos que los militares hicieron para dificultar el ritual de la organización partidaria, obligando que ésta tuviese bases

locales, renacieran los partidos. La legislación sobre partidos es muy minuciosa, obligando a la sociedad a elevar su grado de organización para expresarse políticamente. Atravesando estas barreras se crearon cinco partidos.

Partidos Políticos Movimientos Sociales y la Creencia en el Estado

Este renacimiento de los partidos tendría un significado discutible si consideráramos la acepción clásica del concepto: una organización a la que corresponde una filosofía definida y que se enraiza en intereses sociales nítidos. Seguramente no es lo que ocurre en Brasil, donde los partidos no tienen la nitidez de los partidos socialistas europeos, o de los comunistas, ni incluso del partido Demócrata americano o del SPD alemán, que están más próximos a la matriz clásica.

Sin embargo, también en Brasil los partidos se reorganizaron, estructurando máquinas partidarias. Les doy un ejemplo. Así como el compañero Yáñez preside su partido en Andalucía, yo presido el mío en São Paulo, que es la región de Brasil donde los partidos están mejor organizados. Pues bien, en el caso de mi partido, el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) —y que está lejos de ser un partido en el estricto sentido europeo— tenemos 400.000 afiliados, 600 directorios municipales, 11.000 dirigentes de partido.

Todo esto obliga, querámoslo o no, a una negociación entre los líderes y las bases, obliga al establecimiento de un diálogo que sobrepasa con mucho el estilo prevaleciente en los partidos típicos de caudillaje o en los partidos de notables con sus clientelas. Existe una base objetiva para la forma política del partido moderno. Y si doy el ejemplo del PMDB en São Paulo es por comodidad. Una organización semejante existe en otros partidos y en otras regiones, aunque no en todos los partidos y regiones.

Retomando el hilo del argumento principal: a pesar de la crisis política y de la reconstrucción de los partidos, en todas estas difíciles situaciones de transición el Estado no ha hecho más que fortalecerse, como se ve, más nítidamente que en cualquier otro país, en México. ¿Quién imaginaba lo que ocurrió recientemente con la «apertura» de la política mexicana y con la posibilidad de organización de nuevos partidos a partir de Echevarría y de López Portillo?

partidaria causó en México, lo que me impresiona es la persistencia del PRI, incluso hoy, cuando el partido tuvo que apoyar una política recesionista y antipopular y, a pesar de eso, mantiene su capacidad de legitimar y sustentar al Estado mexicano. Esta «legitimidad» no incluye, por cierto, una decisión de la ciudadanía que vota, como en el caso de los partidos europeos. No; la votación en sí tiene poca importancia en México y es más simbólica que efectiva. La «legitimidad» deriva de la capacidad del Estado de organizar los intereses (en el PRI y al margen de él) de dirigir la sociedad, de proponer políticas sociales que atienden, en parte, las aspiraciones de la masa.

En el caso mexicano se da una simbiosis muy peculiar entre Estado y partido. Este brota de las sombras del Estado en el año anterior a la sucesión presidencial para permitir la movilización de la sociedad y la selección de nuevos liderazgos. Escogido el candidato y elegido éste, los liderazgos partidarios son absorbidos por el Estado y el partido hiberna durante cinco años, dejando a la máquina burocrática el cumplimiento de funciones que, en otras sociedades, corresponden al partido. A pesar de esta peculiar dialéctica de nacimiento y muerte del partido en el seno del Estado, incluso cuando este último siguió políticas recesionistas, no ha estallado ninguna gran crisis ni en la sociedad ni en el partido ni en el Estado... Es como si el Estado generase una creencia en su durabilidad y eficacia que sobrepasa los límites de lo razonable.

Yo no diría que en el caso brasileño, donde el régimen no tiene legitimidad, el proceso sea semejante. No sólo el régimen, sino el Gobierno, hoy en día significan poco más que la continuidad de grupos solidarios y de intereses encastillados en los aparatos estatales. Sin embargo, a pesar de la desmoralización del Gobierno, de la ilegitimidad del régimen, el Estado se mantiene. Y a pesar de que las masas no están convencidas de que sus problemas puedan resolverse por la vía del Estado, es a él a quien piden una alternativa.

Me ha llamado la atención que el enorme renacimiento de la fuerza social en los últimos años, con los movimientos sociales basados en la Iglesia, con las movilizaciones de los trabajadores, con los sindicatos reivindicantes, que toda esta fuerza social, repito, se haya movido no para reivindicar el desmoronamiento del Estado, sino para pedirle al Estado, por intermedio del funcionario público, una acción local que sea capaz de ofrecer a los que nada tienen y mucho desean, algo concreto.

Me parece formidable en este proceso el hecho de que,

movido muchas veces por ideologías que son antiestatales, que son casi anarquistas, libertarias de inspiración, sea de un cierto nuevo izquierdismo, sea de un solidarismo cristiano, que estos movimientos, que están motivados por esas fuerzas, terminen por reivindicar bienes materiales y, en el fondo, cuando van al nivel político, reivindican algo que clásicamente no es más que democracia.

Creo que pasa con el catolicismo en América Latina algo similar a lo que pasó con el protestantismo en Europa en los orígenes del capitalismo, cuando una ética del trabajo y de la acumulación, en el nombre de Dios, acicateó la acumulación privada y el gran florecimiento del sistema.

Peró no se trata ya de eso, sino de otra cosa. En nombre de una ética de solidaridad social y de transformación se establecen condiciones para la implantación de instituciones democráticas. Me parece que hay siempre un malentendido cuando la gente toma el lenguaje como si éste fuera la expresión del movimiento social; y cree que lo que se está dando en ciertos movimientos de base en Latinoamérica es la transformación social profunda. De hecho, lo que está surgiendo es una motivación para que haya una cierta permeabilidad por parte del Estado frente a las demandas sociales; y que de alguna manera, se organice esto, y que de alguna manera se pueda imponer una forma de representación que vaya más allá de lo formal.

La Supervivencia de la Legitimación del Estado

Me parece, en consecuencia, que la reflexión que nos cabe no es solamente la de la crisis del Estado, no es solamente la de la crisis de la sociedad y de sus formas de representación, sino que, a la par, es la reflexión de cómo, pese a esta crisis, el Estado se mantiene, y en algunas situaciones, no solamente se mantiene, sino que logra formas de legitimación.

No quiero con eso negar los planteos modernos sobre la crisis fiscal del Estado ni sobre lo que va con ella. Pero el hecho es que, con esta crisis fiscal del Estado, también se da una especie de legitimación del Estado. Conozco suficientemente la literatura europea para darme cuenta de su importancia, y sé que es cierto; pero quiero decir que, hasta cierto punto, hay algo de engañoso en ese tipo de planteo, por lo menos en lo que se refiere a los países de América Latina, que

cial que haya dado al Estado tanta legitimidad. El Estado nunca ha sido considerado en ese aspecto como legítimo. Ha sido considerado como una agencia necesaria. Sin ilusiones. Y ese aspecto de agencia necesaria, sin ilusiones, continúa existiendo con cierta fuerza.

No quiero tampoco negar que existen aspectos en la conducción del Estado, en las ideologías que motivan a los hombres de Estado, que me parece que se acercan a un punto crítico. ~~Ya nadie cree en el antiguo lenguaje del Estado como una especie de mediador del interés general, ni en el lenguaje populista que transformaba al Estado en una especie de benefactor del pueblo.~~ Creo que los partidos y los liderazgos que existen, emergentes en América Latina, tienen frente a ellos una tarea histórica complicada que involucra ideologías.

He leído, también de prisa, la ponencia de Paramio. Hay un aspecto de esta ponencia que tiene valor para la situación latinoamericana.

El menciona —como otros mencionan también en sus ponencias— que hay un aspecto racional, burocrático, del Estado, que hace crisis. Esto es cierto. ~~El aspecto de reconstrucción del Estado involucra un aspecto de racionalidad.~~ Pero hay aún otro, el aspecto propiamente ideológico, el lenguaje del Estado, y si no se llega a proponer un lenguaje que se acerque mucho más a una situación que ya es vivida por el pueblo con sencillez, en el cual la escasez no tiene que ser encubierta, al igual que la incapacidad de realizar, entonces sí creo que habrá dificultades en la legitimación del Estado. ~~Se requiere un lenguaje más veraz, donde la dificultad se subraye y donde los límites de la acción del Estado sean señalados.~~ Porque es obvio que el Estado no tendrá condiciones frente a la crisis fiscal, en el caso de los países europeos, y en el caso de los países nuestros frente a una doble crisis: la crisis fiscal de otra forma, pero también existente; y la crisis de la deuda externa, o sea, la incapacidad de atender los pagos. Si el Estado entra a desarrollar un lenguaje que sea un lenguaje del engaño, de la mistificación, yo creo que, dada la transparencia de intención de la democracia, que ya existe en estas sociedades, entonces habrá una dificultad muy grande para capear el temporal. Hay, por consecuencia, aspectos específicos en las situaciones latinoamericanas, como en las situaciones europeas, que atañen a un proceso efectivo de crisis del Estado y que requieren una reconstrucción, y esta reconstrucción, creo que lo he señalado de un modo indirecto, implica por un lado aumentar el grado de eficacia, aumentar el grado de previsibilidad y de racio-

Por el otro lado, y me parece más importante este aspecto, implica la posibilidad de proposiciones de políticas capaces de rehacer puentes entre la sociedad y el Estado, que pasen por lo ideológico; que pasen por el modo como se pueda dar la relación entre liderazgos y masa; entre los que tienen que llevar adelante la conducción de los negocios públicos y los que están más directamente involucrados en las presiones que la sociedad debe hacer para que se puedan obtener resultados sensibles en la mejoría de la situación de las masas. El tema no es nuevo, especialmente en la literatura latinoamericana. El tema relativo a las dificultades de comunicación entre sociedad y Estado es un tema antiguo. Pero tenemos ahora un aspecto nuevo y se refiere al hecho de que la vieja distinción entre Estado y sociedad civil está sobrepasada. Quiero decir; el Estado de alguna manera se ha vuelto Estado productor, penetra en la sociedad, es parte simultánea de lo que antes se llamaba sociedad civil, o algunos la llamaban así, porque en la tradición latina sociedad civil y Estado eran la misma cosa, era la tradición «iusnaturalista». Volvemos hoy a la tradición «iusnaturalista» en que Estado y sociedad se fusionan, no por obra de alguna categoría mental, no por una interpretación de ideólogo, sino por el hecho mismo de que el Estado se ha vuelto productor, no sólo es regulador de la producción, sino que también es parte de la sociedad económica, y ya no hay distinción tan nítida entre Estado y sociedad, entre la fuerza política y la fuerza social.

Italia es un caso bien apropiado porque se acerca a la situación de América Latina en ese aspecto de un Estado que interpenetra el conjunto de la sociedad. Así es que la separación entre el Estado y la sociedad es más bien teórica que práctica, y la gente se da cuenta de esto; aun los ideólogos cuando piden, por ejemplo, una mayor autenticidad en los sindicatos y no quieren que el Estado se meta en la relación sindical. Cuando existe el primer enfrentamiento entre obreros y patrones, son los primeros en llamar al Estado como instancia mediadora, porque se dan cuenta que lo fundamental de la política empresarial ya no está definida por los patrones, sino que está definida en un conjunto más amplio que involucra la opción pública y que, por consecuencia, las ideas del siglo XVIII y XIX, la visión liberal de la sociedad liberal, no tiene más asidero, no tiene más base concreta; no se trata de una crítica doctrinaria, no se trata meramente de una crítica sociológica. Vivimos en otro mundo. ¿Qué mundo nuevo es éste? Es un mundo que involucra, no solamente una relación directa entre Estado y sociedad, sino también lo que se mencionó tantas veces: la

internacionalización del sistema productivo, construyendo un meollo mucho más complejo para que se pueda definir cuál va a ser el papel del Estado. ¿Hasta qué punto ese Estado habla por su país o por los intereses internacionalizados?, y ¿hasta qué punto el Estado será capaz de absorber, en sí, también lo popular, o lo popular va a ser rezagado y va a permanecer como una pesadilla, con la que no se sabe muy bien qué hacer? Porque en lo cotidiano lo que cuenta no es lo popular, ni lo nacional, en el sentido de su vinculación a lo popular, sino los intereses de empresa en un sentido muy amplio: de la empresa estatal, local, privada, internacional. Esos no son problemas con solución fácil; ¿hasta qué punto el Estado, en esta cambiante circunstancia mundial, va a seguir siendo capaz de, a la par, incorporar lo popular, ser la expresión también de las contradicciones que ahí están, y ser, al mismo tiempo, el instrumento del contrario, del interés de la empresa?... ¿Qué quiero decir con eso?... Quiero decir que en las circunstancias presentes no solamente se dio esta amalgama entre el Estado y la sociedad, sino que se dio también el hecho de que, por eso mismo, la contradicción de la sociedad, hoy día, es una contradicción que está dentro del Estado.

Los que piensan en Estado por una parte y sociedad por otra parte, no piensan, hacen metafísica. Para pensar lo real, para pensar las peleas, para pensar en las políticas efectivas, hay que pensar que las mismas pugnas que hay en la sociedad están dentro del Estado, y el Estado no puede ser concebido como si fuera algo ajeno a esta pugna. No da para pensar la política aparte del Estado. No da para pensar la clase sin el Estado y tampoco da para pensar el Estado, por supuesto, como si él fuera neutral frente a estas pugnas. No es ni neutral ni tampoco la mera expresión de una parcialidad. El contiene dentro de sí mismo la pugna política real de la sociedad. Este es el meollo de la cuestión. En consecuencia, cuando tenemos que enfrentarnos con la temática de la crisis del Estado y de su reconstitución, la temática no es la del Estado: es la de la sociedad; es la reconstitución de la sociedad, de la cual el Estado es una parte permanente y central. Tan permanente y central que no se puede, obviamente, pensar la economía sin el Estado. Claro es que en la ideología, en la concepción, en la conciencia que los actores tienen de todo esto, todo se ve muy distorsionado. Si uno mira las declaraciones de los empresarios brasileños, por ejemplo, están todos en contra del Gobierno, y confunden su posición contra el Gobierno como si fuera contra el Estado, y creen que el gran enemigo es el Estado y que no tienen más

lucro porque el Estado impide este lucro. Pero nosotros sabemos que esto son visiones deformadas de la falsa conciencia; no tiene nada que ver ni con su práctica ni con sus intereses reales; y la primera cosa que piden es que el Estado abra el paraguas sobre ellos para que puedan lograr más lucro, porque saben que sin el Estado no lo conseguirán y se enervan cuando el Estado, que les proporciona los lucros, quiere extraer una parte de ellos para sus propios fines como empresario, y quizá para sus otros fines, como un Estado que tiene que responder también a la demanda social.

~~Peró esto forma parte de la temática de la ideología.~~

Y lo mismo vale para los obreros, que también tienen una conciencia deformada y también piensan, a menudo, que mejor sería vivir sin el Estado y que el Estado no es más que el soporte de la explotación de clases. Es otro engaño. Si, es el soporte de la explotación de clases, pero a la vez es otra cosa. Es también una barrera para esa explotación de clases, es contradictorio. Hay que introducir la dialéctica en el análisis del Estado y no pensar pura y sencillamente como si fuera el comité ejecutivo de las clases dominantes. Que también lo es. Pero a la par deja de serlo, si se tiene una visión más compleja del proceso histórico. Creo que está por ahí la gran cuestión, que son éstos los temas que, de una manera u otra, van a reaparecer en nuestro intento de comprender el fenómeno de la transformación del Estado y de su reconstitución.

Institucionalización y Espontaneidad

Una última palabra. No creo que sea posible, de ninguna manera, pensar en redemocratización si uno la mira puramente desde el ángulo de la sociedad. La idea liberal, que ha penetrado tan hondo en la izquierda y que tuvo, por cierto, ventajas en muchos aspectos, en ese aspecto es terriblemente negativa, porque se imagina que no habrá democracia sino cuando tengamos partidos capaces de controlar al Estado y se imagina que será posible en el siglo XXI retroceder al siglo XIX. Se imagina que cuando tengamos las clases bien organizadas, con expresión política en el mercado político, como en la visión liberal, llegaremos a la democracia. No está ahí la cuestión. La cuestión de la democracia no se va a solventar si no se piensa simultáneamente en la dinámica de la sociedad y la del Estado, si no tenemos alguna forma de controlar la burocracia. Los partidos pueden existir, las urnas

también, el voto también, incluso la legitimidad del liderazgo partidista frente a la sociedad, pero no tendrá fuerza para tomar decisiones en el momento oportuno. Y eso acarrea la necesidad de poner mucho más énfasis en lo público. Más en lo público que en lo estatal. Yo diría que la cuestión de la democratización, en ese aspecto, se reduce a la cuestión de cómo se transforma lo estatal en público. O sea, como va a ser posible que la decisión del gobierno y de la burocracia sean decisiones transparentes y que sufran la presión de sus públicos respectivos. No es suficiente la existencia del Parlamento, y partidos listos para controlar las decisiones de los parlamentos. Es necesario otro tipo de vinculación social que evite la corporativización, y evite que la sociedad civil, al organizarse, también reste fuerza a su organización por el particularismo de los intereses que se sedimentan en la sociedad de masas modernas, en la sociedad industrial moderna. Es necesario, por consecuencia, que exista un pensamiento democrático que vaya más allá de lo liberal, y que permita, por eso mismo, contrabalancear la fuerza del corporativismo. Porque frente a la situación concreta, real, la ideología liberal es insuficiente para contrarrestar la fuerza del corporativismo. Si no se tiene un control público de las decisiones, el corporativismo, es decir, el interés de la particularidad dentro del aparato del Estado, va a primar y va a impedir que exista esa mediación necesaria que posibilite el control democrático. Son necesarios órganos públicos específicos capaces de controlar las políticas que se elaboran en la Empresa y el Estado.

Nada de esto implica o supone la ineficacia de los partidos, el no apoyo al Parlamento, o la no creencia en los hallazgos, en las construcciones de la democracia liberal. Pero implica su transformación, implica unos pasos más allá, de reconstitución de las instituciones heredadas del pasado. Hay que abrir sendas nuevas, caminos nuevos que permitan realmente una visión y una acción que sean capaces de controlar la fuerza ciega de la burocracia. Y en este aspecto, creo que fue Weber quien realmente vio el enemigo principal. Fue Weber quien se dio cuenta de que el crecimiento del capitalismo tendría como sub-producto una cosa mucho más terrible que el patrón, que es la burocracia, que es el burócrata que se transforma en patrón y que impide, muchas veces, que se pueda tener como blanco directo a quien manda; pues la burocracia, por definición, manda sin faz, sin cara. Y no habrá avance democrático real, efectivo, en una situación en la cual, como dije, el Estado se afiance, si a la par no se hace la crítica de ese mismo Estado bajo su cara burocrática,

si a la par no se demuestra que hay que tener una fuerza antiburocrática que debe también proyectarse sobre los partidos porque también ellos se burocratizan. De alguna manera habrá que buscar los caminos de la constitución de esta fuerza antiburocrática.

Dije que era una palabra final, pero diré otra más, y será la última realmente.

Y es lo siguiente: no creo que en las circunstancias presentes sea suficiente creer en la espontaneidad. También hay que organizar esas fuerzas antiburocráticas, pero no creo que los partidos deban acometer la tarea de controlar lo social. Tengo una visión quizá fragmentada, quizá inconsecuente, pero clara. Me parece mejor que haya rupturas, que haya momentos de tensión, que el partido no sea capaz de controlar lo social y que lo social no sea capaz de englobarlo todo, porque realmente entonces se produciría una situación más anárquica. Yo diría que se requiere una especie de dialéctica incompleta, donde una vez prime la fuerza del Partido, otra vez la fuerza de la espontaneidad de lo social, tal vez de un modo desordenado (y a mí no me molesta mucho el desorden). Creo que será la combinación de estas tendencias lo que podrá contraponerse al eje fundamental del mundo contemporáneo que son la empresa y la burocracia. Si nosotros no logramos crear los espacios políticos capaces de dotar a los partidos de la flexibilidad necesaria para que entiendan que no les corresponde a ellos el control del todo, y dotar al movimiento social de la modestia, también necesaria, para que entiendan que sin los partidos no se hace una institucionalización de lo nuevo, fracasaremos. Si logramos este puente entre partidos y movimientos sociales, quizá entonces será posible un futuro donde la reconstrucción del Estado y de la democracia sea históricamente posible.

Agradezco la paciencia con que me han escuchado, casi sin poder hablar, y espero que yo aprenda, en la continuidad del seminario, lo que no fui capaz de demostrar.



Análisis
Globales
⊗ La Crisis ⊗
de las Figuras de Estado

El sociólogo Jorge Graciarena ofrece una perspectiva histórica de las formas de Estado que son identificables en la historia latinoamericana, examinando las razones de diverso orden que las cristalizaron o que las erosionaron en distintos tiempos de la experiencia regional. Introduce también a las principales discusiones que serán abordadas por otros expertos en las siguientes reuniones del coloquio. Ignacio Sotelo, sociólogo español, complementando la introducción general, atiende de preferencia a las cuestiones teóricas que han preocupado al pensamiento europeo y los contrastes y parentescos que pueden encontrarse en algunos cotejos con la evolución latinoamericana.